



Universitat de Lleida

Título:

Auge y declive de la familia rural catalana en los siglos XVIII y XIX. Perspectivas literarias

Es parte de:

Familias rotas : conflictos familiares en la España de fines del Antiguo Régimen / Francisco José Alfaro Pérez (coord.). Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, p. 209-241. ISBN: 9788416028832

URI:

<http://hdl.handle.net/10459.1/71597>

AUGE Y DECLIVE DE LA FAMILIA RURAL CATALANA EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX. PERSPECTIVAS LITERARIAS

María José Vilalta¹

Universitat de Lleida

En la terra pairal clavant la rella,
amb una noble fe, calda, infinita,
aneu obrant l'estranya meravella
de treure del no-res la gran collita.

Víctor CATALÀ

La narrativa catalana escrita entre el final del XVIII y el largo XIX se puede definir como una literatura marcada por una profunda sensibilidad social. Tal afirmación quizás encaje con dificultad en la crítica literaria tradicional, pero lo cierto es que cada página escrita, leída desde la sensibilidad de quien escribe historia, destila interpelaciones y sugerencias para comprender procesos de cambio económico y social tan rotundos como los que se consolidaron en Cataluña y en Europa en el transcurso de estas décadas de enorme trascendencia. Los escenarios de la acción no fueron para los autores implicados trasfondos aleatorios o excusas para el desarrollo de tramas diversas, sino que sirvieron para plantear debates de gran

1 Una primera versión de este trabajo se presentó (junio de 2013) en el seminario *Family Crisis and Social Change in Rural Europe in Comparative Perspective (18th-19th c.)*, organizado por el Seminario de Historia Social de la Población (Facultad de Humanidades de Albacete-UCLM), dentro del Grupo de Investigación Internacional del CNRS «Crises and Change in the European Countryside» (CRICEC). Se incluye en los resultados de un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (plan nacional 2009-2011): *Mujer y cambio social en el valle del Ebro (ss. XVI-XVIII)*, (HAR-2008-02392/HIST). María José Vilalta (profesora titular de Historia Moderna), Departament d'Història de l'Art i Història Social, Facultat de Lletres, Universitat de Lleida (vilalta@hahs.udl.cat).



Universitat de Lleida
Departament d'Història
de l'Art i Història Social

alcance. Dos polémicas, cuando menos, subyacen omnipresentes: una, el triunfo de la gran ciudad y, otra, la controversia sobre la lenta subordinación de lo rural frente al auge de lo urbano. En Europa, se estaban produciendo cambios de envergadura en el orden económico que, de la mano de las diversas fases de la Revolución Industrial, impusieron el progresivo y definitivo alejamiento de la primacía de lo agrario y la implantación de emergentes actividades que tuvieron en la urbe el trasfondo principal de impulso y desarrollo. Esta gran transformación subyace como protagonista literario en las grandes creaciones de todos los campos artísticos y, de manera singular, en la narrativa.

En la prosa en lengua catalana, la necesidad de explicar los acontecimientos que marcaron los escenarios de las mutaciones económicas y sociales se convirtió en un lugar común, imprescindible para la mayoría de los autores y autoras. En el territorio del antiguo Principado, se produjeron a velocidad imparable grandes cambios que surgieron de las transformaciones agrarias y comerciales del siglo XVIII y consolidaron la eclosión de la nueva sociedad industrial y burguesa, en lento tránsito hacia el capitalismo. Así se impuso el modelo de una gran ciudad de referencia que, en Cataluña, era y es Barcelona. Todos los géneros literarios sin excepción la entronizaron y se mostraron seducidos por su vigor. Los científicos sociales, tanto coetáneos como posteriores, han explicado con amplitud las numerosas caras de su inequívoco triunfo y, solo eso, puede llenar infinitos anaqueles de bibliotecas con un complejo tejido de reflexión que valora los imponentes logros, polemiza sobre los nuevos desequilibrios y subraya la presencia de preocupantes zonas oscuras.² Frente a esta espectacular eclosión, las estampas rurales empezaron a ser postergadas o denodadas, incluso para recordar con insistencia la abierta ruptura entre los dos mundos. ¿Cómo se expresa tanta mutación en las páginas de la creación artística?

2 Por citar un ejemplo puntero, Jaume Vicens Vives (1983:21) en unas muy breves líneas plantea ya, desde una obra de permanente referencia, la magnitud del poliédrico significado que se oculta tras el ascenso de la capital. La multitud de referencias posteriores resultan ser completamente inabarcables —y, también, fuera de lugar— en este espacio.

1. Materiales para la observación

El siglo XVIII es parco en narraciones. Quizás el género literario más en boga en la centuria ilustrada cultiva la dramaturgia teatral desde perspectivas y enfoques muy diversos, tal y como es común en el espacio europeo. Cataluña, en proceso lento pero vivaz de recuperación después de los repetidos estragos de las guerras y el consiguiente impacto en los usos lingüísticos, sigue las pautas de los países vecinos. Cabe destacar, además, la ausencia casi completa de prosa creativa, predominando las traducciones muy variadas de los clásicos y ensayos pedagógicos, morales, eruditos, científicos y pedagógicos. Solo dos referencias de muy distinto signo, aunque ambas se hayan considerado precedentes de los estilos costumbristas, se pueden citar como muestras de narrativa. La primera pertenece a Rafael d'Amat i de Cortada (1746-1818), barón de Maldà, que escribió desde 1769 hasta 1816 el llamado *Calaix de sastre* (1987 y 1994). Es esta una obra excepcional que va más allá de un dietario memorialista, ya que con estilo casi periodístico, retrata de forma magistral la vida cotidiana de la nobleza de la época hasta el extremo de convertirse en un documento histórico de enorme trascendencia y de ser considerado como una de las obras más importantes de la literatura en lengua catalana del período que va entre el siglo XV (acabado ya el ciclo de las grandes crónicas) y el XVIII. La segunda resulta ser también un modelo del género memorialista pero, en este caso, desde una mirada de clase popular, siendo un payés, Sebastià Casanovas i Canut (1710-1767), quien expresa por escrito en sus *Memòries* (1986) su particular perspectiva con respecto a los problemas del mundo campesino, tanto en relación con la dura represión en el mundo rural después de la guerra de Sucesión, como con los asuntos de familia, tierras y transmisión patrimonial, que van a ser claves de inspiración de la narrativa decimonónica, desde el momento en que la organización agrícola tradicional pierda protagonismo y se infiltren en el espacio campestre los aires de los nuevos tiempos (Pascual Rodríguez, 2010). Este cuantioso e interclasista ámbito de escritura está siendo objeto en los últimos tiempos de un amplio proceso de recuperación e investigación,³ y la magnitud de lo hallado ha

3 En Cataluña, a partir del siglo XVI, tanto en ámbito rural, como urbano, es habitual la escritura de este tipo de documentos de literatura personal (diarios, autobiografías,

permitido revisar la tesis tradicional de la existencia de una relevante cesura, de un vacío entre unos movimientos y otros y establecer la importancia de las continuidades literarias entre el XVIII y el XIX (Rossich, 1997: 127-134).

No obstante, la gran eclosión de la narrativa de ficción se consolidó a partir de los albores de la *Renaixença*, movimiento que reemprendió —no inició—⁴ una efervescencia literaria que devino característica señera de los círculos culturales catalanes del momento. Surgieron con fuerte empuje social prensa con hondos debates sobre las transformaciones sociales, económicas y políticas diariamente percibidas por la ciudadanía, semanarios satíricos o de pensamiento, poesía lírica o épica, narraciones en fascículos para consumo popular, novelas de rápida y amplia difusión, teatro variadísimo, desde el sainete más socarrón hasta las más sofisticadas formas del intimismo, vitalismo, regeneracionismo, esteticismo o simbolismo y, así, en cada género literario, hasta extremos, quizás, nunca antes vistos. Aquello que podía ser escrito se trasladó al papel y, en ningún momento, dejó de reflejar cualesquiera de los temas de gran calado del siglo: la definición de lo catalán, las poliédricas facetas del conflicto social, la pugna entre mundo rural y mundo urbano, el papel del arte y del artista en una sociedad burguesa, la reflexión sobre el individuo —excelso o miserable, de corte científico o sentimental— protagonista singular y permanente de la realidad, etc. Se puede, incluso, apuntar que ese apasionamiento se hizo común para todas las artes; aunque, en el momento de delimitar referencias y territorios de búsqueda, la narrativa nos da pistas sobradamente abundantes y valiosas. Y puestos en ello, deben detallarse varias puntualizaciones.

dietarios y crónicas) que tienen que ver, primero, con la existencia de un campesinado con recursos que deja constancia de lo vivido con voluntad documental y pedagógica; segundo, con el incremento de formación letrada debido a la influencia, entre otros, de los clérigos de familia y, tercero, con un entorno donde se empieza a valorar la privacidad. La recuperación de estos textos es uno de los empeños de investigación reciente a partir de los retos que presenta la necesidad de profundizar en el conocimiento de la vida cotidiana de las clases populares. Más en <www.memoriapersonal.eu> (diciembre, 2013), página vinculada al proyecto del grupo de investigación *Manuscripts* del Departament d'Història Moderna i Contemporània de la Universitat Autònoma de Barcelona.

4 Frente a una tradición interpretativa que sitúa la *Renaixença* como una ruptura y una novedad, las investigaciones recientes recalcan los elementos de continuidad literarios y culturales que la sustentan (Domingo, 2013: 26-35).

La primera tiene que ver con la enorme extensión creativa que generó el largo tramo secular. En términos de escuelas literarias, cabe recordar, desde el principio, que, cuando menos, nos estamos refiriendo a tres grandes generaciones: la *Renaixença*, el Realismo-Naturalismo y el Modernismo. La primera puede considerarse iniciada alrededor de los años veinte del siglo XIX con hechos remarcables como la aparición de revistas como *El europeo* en 1823 —publicación crucial en la introducción de un romanticismo literario próximo al clasicismo y al liberalismo moderado—, seguida de periódicos como *El Catalán*, *El Constitucional*, *El Guardia Nacional* o *El vapor* —subtitulado de forma bien elocuente como *Periódico mercantil, político y literario*— desde donde se difundió en 1833, año de su fundación, la conmovedora y simbólica *Oda a la pàtria* de Bonaventura Carles Aribau (1798-1862). En esta proliferación de actividad editorial, se puso de manifiesto que la intelectualidad emergente tenía clara conciencia de estar frente a una transición que afectaba tanto a las estructuras sociales, como a la política y la cultura (Fradera, 1977: 329). Se trata, pues, de un momento especialmente cargado de contenido y relevancia que culminó en la emblemática restauración de los *Jocs florals* en 1859, certamen que generó de inmediato un «desusado entusiasmo» y que entronizó el triunfo de Barcelona como señuelo y centro de una nueva modernidad (Domingo, 2011: 39-76). Esta generación, la *Renaixença*, debe interpretarse como una vasta operación comunicativa que sirvió a la intelectualidad catalana para exhibir ambición y fuerza y que emprendió la fijación de un conjunto de símbolos que actuaron como primer código de reconocimiento de la catalanidad contemporánea (Domingo, 2013: 35). Algunos de sus fundamentos coinciden con los postulados y pilares del Romanticismo europeo —en el Principado, preferentemente de inspiración gótica y alemana—, en su preocupación por la recuperación de la lengua y la historia nacional y por redescubrir y definir los caracteres de Cataluña como país con personalidad propia y diferenciada (Jorba, 1977: 354, y Molas, 1979: 177-191).

Con el correr de los años y siguiendo los mismos impulsos que los coetáneos de allende las fronteras, se expandieron los principios estéticos del Realismo e, incluso, aunque en menor medida, los de su vertiente más extrema, el Naturalismo. Todo ello, alrededor de los años noventa, ya había dado sus mejores frutos y surgió con ímpetu el espíritu modernista —que ha sido definido como «Romanticismo saludablemente penetrado de realidad»—, impulsado por la difusión del pensamiento europeo más

en boga, popularizado por medio de revistas —muy especialmente *L'Avenç*—y quintaesenciado en las cinco *festes modernistes* celebradas en Sitges, bajo patrocinio de Santiago Rusiñol (1861-1931). Cabe indicar aquí que, en cualquiera de las historias de la literatura española, hallamos la visión permanente de un inicio de siglo xx marcado por dos grandes corrientes paralelas y, hasta cierto punto, complementarias: el Modernismo y la Generación del 98; el resto es literatura en otras lenguas. Pues bien, ese Modernismo en lengua castellana, capitaneado por Rubén Darío (1867-1916) y la primera obra de Valle-Inclán (1866-1936), tendente a lo aristocratizante, esteticista, escapista, plagado de bohemios y *dandys*, pletórico de comportamientos amorales y asociales, nada tiene que ver con lo que se gesta en el seno del Modernismo literario catalán.⁵ Resulta, en fin, evidente que, de un extremo a otro, el mundo y sus gentes habían cambiado tanto como los estilos y fuentes de inspiración de los artistas que les acompañaban y, en este sentido, pretender tratar aquí la narrativa decimonónica como una unidad sería un empeño vano y, a todas luces, incorrecto.

Por lo tanto, debe recordarse en este punto, como segunda constatación de partida, la finalidad que nos ocupa. Los historiadores de la literatura deben detallar con metódica precisión aquello que permite delimitar que el baró de Maldà o Sebastià Casanovas sean prosistas del Setecientos; que Martí Genís i Aguilar (1847-1932) encaje en el Romanticismo; que Emili Vilanova (1840-1905) o Robert Robert (1830-1873) pertenezcan a la generación de la *Renaixença* y sean prominentes creadores de prosa costumbrista; que Marià Vayreda (1853-1903), Josep Pin i Soler (1842-1927), Dolors Monserdà (1845-1919), Carles Bosch de la Trinxeria (1831-1897) y Josep Maria Folch i Torres (1880-1950) puedan considerarse escritores amparados por los principios de un Realismo a veces impregnado de toques populares, a veces rozando los extremos de

5 En palabras de A. Yates (1984: 7-8): «[...] el modernisme català sembla un fenomen massa polifacètic per a sotmetre'l a una sola definició comprensiva. L'analogia amb el Modernisme hispànic en general té una validesa força limitada: ben mirat només fa ressaltar els problemes relatius a la definició i, alhora, la complexa individualitat de la manifestació catalana. Efectivament, cal començar aquí i veure en el Modernisme un esforç de modernització i d'uropeïtzació i alhora una versió específicament catalana de la cultura europea de fi de segle, inextricablement lligada als impulsos del naixent catalanisme polític [...]».

un Naturalismo, que alcanza su madurez en algunas de las obras, no todas, de Narcís Oller (1846-1930), y que, finalmente, sean emblemas de la generación del Modernismo narradores como Raimon Casellas (1855-1910), Prudenci Bertrana (1867-1941), Víctor Català (1869-1966), Josep Pous i Pagès (1873-1952) y Santiago Rusiñol que escribieron ya en las primeras décadas del siglo xx. En relación con este elenco, resulta muy interesante destacar aquí que los escritores y las escritoras en lengua catalana de estas diversas generaciones se mantuvieron completa y radicalmente alejados tanto de los efluvios preciosistas del Modernismo en lengua castellana, como de la sombría introspección, repliegue y ácida ironía provocados por la definitiva decadencia castellana simbolizada en la pérdida de la última de las colonias de ultramar. En Cataluña, una primera generación de artistas nacidos en el seno de la burguesía⁶ se centró en la tradición de corte realista imperante en las literaturas europeas de finales del siglo XIX para convertirla en fundamento de un interesantísimo análisis sobre el cambio social, sobre lo antiguo y lo moderno. Acentuaban, de forma vivísima y con honda preocupación social desde lo literario, la reflexión en torno a las maneras cómo se estaban disolviendo las formas de vida agrarias de las sociedades tardo-feudales y cómo se imponía el nuevo *modus vivendi* del capitalismo industrial.⁷ Se podría decir que era un Modernismo que se interpelaba sobre el sentido de una modernidad que se abría camino sin freno, cambiando valores, usos, costumbres y protagonistas.

6 Es importante destacar que la generación de autores modernistas se consideraron a sí mismos, por primera vez, profesionales de la literatura, defendiendo un cambio sustancial tanto entre un concepto menestral y un concepto burgués del arte, como entre la posición del artista en una sociedad preindustrial y en una sociedad industrializada. Véanse las sugestivas reflexiones al respecto de J. L. Marfany (1990: 21-22).

7 Se hace así evidente la preocupación por definir las muy diferentes facetas de la nueva conflictividad social entre burguesía y proletariado, ya plenamente ligada a la industrialización contemporánea, superando completamente la presencia de otros arquetipos —persistentes en otras literaturas peninsulares—, más próximos a modelos de pobreza-picaresca y clases medias con pretensiones todavía aristocratizantes. Serían, en este sentido, significativas obras como *Joan Endal* y *Aigua avall* de Josep M. Folch i Torres; algunos de los *Contes* (especialmente en «Lo vailet del pa») de Narcís Oller o la interesantísima reflexión, desde lo literario, sobre el papel de las masas populares urbanas de Raimon Casellas en *Les multituds* y, también, el relato «L'explosió» de Víctor Català incluido en *Drames rurals*, por citar tan solo unos reducidísimos ejemplos.

En fin, en tercer lugar, la realidad de los temas y los estilos, tanto de cada autor o autora por separado como por generaciones o escuelas literarias, nos sitúa en permanentes encrucijadas que se resuelven únicamente a través de la especificidad individual de las obras, en particular en escritores de amplia trayectoria, como Narcís Oller. El largo siglo XIX en literatura, que diluye su clausura hacia las primeras décadas del XX, se consolidó como una centuria cada vez más acelerada y los artistas experimentaron continuamente las novedades, propias o importadas, incluso sin dejar de lado las técnicas antiguas, de manera tal que su encuadre rígido en una u otra manera de hacer, en una u otra corriente, sigue siendo, en la actualidad un asunto abierto al debate, quizás irresoluble si se plantea desde esta perspectiva. Y ese es el camino por donde deambular, sin mayor dilación, desde el momento en que el propósito se ciñe a la necesidad de intentar vislumbrar cómo, desde la creación literaria, se puede reseguir el proceso de retratar la transformación del mundo rural y sus familias —materia esta objeto de reflexión mucho más del historiador de la sociedad que del historiador de las artes y la literatura—. Estamos, pues, realmente emplazados en el territorio donde ambos espacios de reflexión científica pueden tomarse de la mano y empezar una andadura conjunta.

2. Mito y realidad en escenografía rural

«La sociedad catalana parecía encontrar su sentido en el matrimonio» (García Cárcel, 1985: 193). La contundencia de la afirmación no esconde su veracidad. La vinculación a una familia se ha consolidado a través del tiempo como una de las claves fundamentales para entender las relaciones sociales en la historia de Cataluña, realidad que ha tenido un soporte fundamental en la legislación que, tradicionalmente, las ha regido. Desde los primeros despliegues medievales de legislación pública derivada del Derecho Romano, se observó una estricta vigilancia y cuidado en regular las normas que habían de guiar el establecimiento de nuevas familias y la salvaguarda de su continuidad patrimonial.

De esta forma, las necesidades de perpetuación de una sociedad esencialmente campesina fueron consolidando los pilares de una tradición, diferenciada con respecto a los reinos vecinos (Aragón, Valencia y Castilla) y convertida en una seña de identidad propia. A través de los siglos, bien

podríamos delimitar tres grandes etapas de conformación. La primera abarcaría la larga duración de los tiempos medievales y modernos, tiempos donde el campesinado era el gran protagonista de las relaciones sociales y de la actividad económica. Entonces, se fijaron lentamente las diversas pautas que habían de perfilar un muy concreto escenario para el desarrollo de las relaciones familiares. Este marco, normativizado a través de un Derecho Civil propio, fue respetado de forma singular en Cataluña en la reordenación impuesta por los Decretos de Nueva Planta a principios del siglo XVIII. Se inició, así, una segunda etapa crucial donde quedó demostrado que las costumbres y hábitos propios de la vida campesina tradicional y las leyes que los perpetuaban podían persistir inmutables en medio de un fuerte despegue económico y del inicio de un cambio sustancial para el conjunto de la sociedad catalana y, por extensión, europea, como fue la pérdida de la hegemonía de las sociedades rurales y de la economía agraria frente al empuje del mundo urbano y la actividad industrial. Finalmente, en el transcurso del largo siglo XIX, este lento resquebrajarse de una peculiar visión del mundo y la imposición de unas nuevas formas de vida, que empezaron a trastocar los hábitos de convivencia y relación humana ancestrales, provocaron el despliegue de una mentalidad, a veces a la defensiva, que se aferraba a lo antiguo, idealizándolo, por una parte, y conservándolo y sistematizándolo, por otra. Se forjaron así los romanticismos y los historicismos decimonónicos que, en el caso catalán, tuvieron su plasmación en la generación de la *Renaixença*.

En este ambiente intelectual, el tratamiento de las relaciones familiares tuvo un espacio específico de idealización de fuerte impronta en Europa, tanto en lo literario como en lo científico. Se inició la difusión de una singular caracterización de lo que debiera considerarse como la familia europea tradicional. Esta se basaba en el predominio de familias troncales asentadas en grupos residenciales complejos donde un hijo heredero se casaba y continuaba la explotación doméstica y la vivienda en la casa paterna. La casa era el símbolo de la familia que se perpetuaba a través de generaciones a partir de un único individuo, hombre o mujer, que recogía el testigo paterno encargándose de la protección de todos los que allí residían, ya fueran miembros de generaciones anteriores, ya dotando a hijas casaderas para que hallaran un correcto acomodo bajo un nuevo techo, ya garantizando un capital base al resto de los hijos para que emprendieran aventuras comerciales o productivas en otras tierras, manteniendo, aún

con la distancia y el paso de los años, el punto de referencia de sus arraigados orígenes en la casa paterna o *pairal* (Ferrer i Alòs, 2007). Los cambios económicos ligados a la industrialización y el triunfo del mundo urbano rompieron abruptamente, en teoría, este modelo tradicional basado en la solidaridad de grupo e impusieron una familia de tipo conyugal o nuclear desvinculada del respeto a los lazos de parentesco y marcada por los nacientes valores capitalistas de individualismo y privacidad.⁸ Esta conceptualización, basada en la confrontación de dos mundos claramente diferenciados, dejó un denso sedimento en el pensamiento europeo que no ha sido científicamente diluido hasta pasada la segunda mitad del siglo xx, de la mano de la profunda renovación que la historia demográfica, social y económica vivió a partir de los años cincuenta (Casey, 1990).

De forma singular, este modelo paradigmático e idealizado de familia tradicional tuvo en Cataluña una traslación, en teoría perfecta, a unas zonas muy concretas del territorio que coincidían con las áreas de asentamiento económico y político más antiguo. Aunque las investigaciones recientes han demostrado su implantación puntual y muy localizada, puesto que las familias nucleares, como en Europa, tuvieron en el Principado una muy temprana y generalizada presencia tanto en el campo, como en las ciudades; eso no fue óbice para que se considerara representativa de un tipo de organización social y económica que los intelectuales del siglo xix defendieron como uno de los fundamentos de las esencias del pueblo catalán. Juristas, historiadores, pensadores, literatos, políticos y otros miembros de la elite letrada catalana, vinculados al movimiento de la *Renai-xença* y algunos continuadores posteriores de su profunda huella, loaron, hasta la extenuación, las cualidades de ese arquetipo de relaciones entre los individuos, tejidas desde tiempos remotos en torno a la casa y la tierra.

Esa visión primaba especialmente dos fundamentos: la consideración de la familia como un grupo estrictamente doméstico, circunscrito a las diversas personas que pudieran llegar a convivir en la misma casa y el sometimiento del grupo a la autoridad del padre y marido (Gacto, 1987: 37).

8 La obra clásica más relevante donde se tipifica esta confrontación entre los dos modelos de familia es la de Frédéric Le Play titulada *L'organisation de la famille selon le vrai modèle signalé par l'Histoire de toutes les races et de tous les temps*, obra editada en 1871.

A partir de ellos, se desarrollaba la compleja urdimbre de la familia tradicional catalana, cuyos elementos más populares siguen plenamente vigentes. Cualquier individuo debía pertenecer a una *casa pairal* asentada en un *mas* o *masia*. La vida familiar se regulaba al concertar el matrimonio a través de las disposiciones paternas asentadas en los capítulos matrimoniales, mucho más importantes que el testamento.⁹ La transmisión del patrimonio —casa, tierra y otros bienes— se realizaba de forma indivisa a través de la figura de un heredero, elegido por el padre y no necesariamente primogénito, que tanto podía ser un hijo varón o *hereu*¹⁰ como, en su ausencia, una hija o *pubilla*. Tal privilegio le imponía respetar y garantizar un complejo mundo de derechos y obligaciones —a través de donaciones y transmisiones diversas: *dot*, *escreix*, *eixovar*, *tenuta*, *legítima*, entre otras— claramente establecidos, que protegían al resto de los miembros de la casa, ligados a él o ella por mor de parentesco y patrimonio.¹¹ Este entramado, que, obviamente, no es el objeto principal de nuestra exposición aquí, permitió fijar una larga serie de valores que llegaron a convertirse en tópicos¹² como son el respeto a la casa-familia de los antepasados, la

9 Las estadísticas demográficas de época moderna nos indican permanentemente unos índices muy elevados de mortalidad y una baja esperanza de vida. Se puede, así, comprobar cómo, ya en el momento de la celebración de los esponsales de los hijos, solían faltar algunos de los representantes de la generación anterior, es decir, de los padres y, a veces, incluso los dos progenitores de cada uno de los cónyuges. Por eso, las capitulaciones matrimoniales eran un instrumento legal más seguro que el testamento a la hora de fijar las decisiones sobre la distribución y transmisión de los bienes paternos. Quizás se podría apuntar —aunque esta afirmación precisaría de ulteriores investigaciones— que la significativa reducción de la mortalidad ordinaria y catastrófica en las primeras fases de la transición al ciclo demográfico moderno empezó a generalizar el uso de un documento legal, el testamento, más próximo a las postrimerías de la vida, a medida que se incrementaba la confianza en disponer de una mayor longevidad. Ciertamente, como ya expuso P. Chaunu, la documentación histórica es, en primer lugar, una evidencia de civilización.

10 Eje de continuidad social y símbolo de la prosperidad campesina del Principado: «[...] tots los concorrents lo saludaren amb lo nom més hermès de quants per ells té la llengua catalana, amb lo nom d'hereu!», en Pin i Soler (1985: 186).

11 Para una breve pero sustanciosa revisión de cómo fueron tratados y valorados todos estos elementos por algunos de los más relevantes juristas decimonónicos, véase García Cárcel (1985: 191-200).

12 Ejemplo palpable de la larga pervivencia de todas estas concepciones es la publicación en 1954 del ensayo de interpretación histórica *Notícia de Catalunya* donde Jaume Vicens Vives, investigador ligado a las más novedosas corrientes de renovación historiográfica del momento, al intentar explicar en clave histórica «el mecanismo íntimo del

solidaridad y comunidad de intereses del extenso grupo de los parientes, el amor a la tierra transmitida por herencia de generación en generación, el cuidado de los mayores, la independencia económica de la mujer que gestionaba su dote, la garantía de capitales para que los hermanos no herederos o *fadrinsterns*¹³ pudieran desplegar su iniciativa —base intelectual de la laboriosidad catalana— y enriquecerse en otros lares... y así hasta engrosar una larga lista.

3. La historia desde la literatura

La numerosa cuantía de los asuntos a plantear florece entre las páginas de lo escrito de forma tal que nos permite absorber perspectivas de análisis, enfoques y tratamientos que retratan una muy concreta realidad y, a su vez, posibilitan impregnarse de la percepción de los coetáneos con respecto a problemas sobre la historia social de Cataluña que preocuparon y mucho en su momento y han sido, luego, objeto de investigación por la historiografía más reciente.

desenvolvimiento humano de Catalunya», apela como primera providencia a «El sentido social de la tierra» que se fundamenta, según sus propias palabras, en «[...] casa y familia, mas y tierra [...]» (Referencias literales de la versión en español del texto, Vicens Vives, 1980: 28-41).

13 Son también numerosas las historias de segundones y su utilidad social. Por ejemplo, en la ancestral y noble casa de los Friginals, siempre había habido, por rancia costumbre, un primogénito-*hereu* y un segundón-*fadrinstern* destinado, en este caso invariablemente al sacerdocio: «[...] era l'antiga consuetud familiar, esdevinguda llei ineludible [...]». Mientras que, para las familias humildes, la emigración de los hijos no herederos era la posibilidad más eficaz para buscar expectativas de subsistencia —proceso que resultó ser un factor de crucial importancia en el despegue demográfico de la Barcelona industrial—; para las grandes estirpes de propietarios rurales, el ingreso al sacerdocio de uno de sus hijos —independientemente de la voluntad de los implicados— formaba parte de un tejido sólido de reforzamiento de la posición social que se reproducía por una antigua usanza que «[...] hi havia una doble raó per mantenir-la: un gran interès espiritual i una material conveniència. D'una banda, la religiositat dels Friginals, feta més de temor als càstigs eterns que de vera pietat evangèlica, es sentia tranquil·litzada de saber un advocat de la pròpia sang entre el pecar llur i la divina misericòrdia. L'estat sacerdotal oferia, altrament, la inestimable comoditat de poder establir el fadrinstern en bona i honorable posició, assegurats per a tota la vida el pa i el respecte, obert el camí de les jerarquies més altes [...]» (Pous i Pagès, 1999: 20). Sugerentes puntualizaciones al respecto en Puigvert, 1977: 282-301, especialmente, 291 y 294.

Los indicios del cambio, pues, se trasladan al entorno rural, asumiendo, con renovada fuerza, una polémica que planea incansable a lo largo del siglo. El siempre clarividente Narcís Oller lo retrata con maestría en el cuento «El trasplantat» (1879). Daniel, un panadero de pueblo, feliz y acomodado, acepta la proposición de su hijo para arrendar el próspero negocio de toda la vida, trasladarse a la capital y fundar una nueva empresa. Allí, primero se le exhiben las incontables grandezas constructivas, y, luego, desbordado y atónito ante tanta novedad, empieza a padecer la oquedad de una existencia lejos de sus raíces, perdiendo completamente el interés por vivir y, al cabo, la salud. El remedio lo halla emprendiendo el regreso a casa, un lugar donde, perdidas las referencias antiguas, muere en el más profundo desasosiego, tristeza y sentido del absurdo.¹⁴ No existen, pues, flujos que faciliten el ir y venir de gentes. La cesura entre dos mundos ya está escrita.

Alejada de la capital, se conserva inamovible el papel de la imprescindible casa solariega del dominio señorial, tanto como sede del poder de familias antiguas de la nobleza terrateniente local —como los Armengol o los Galcerán de *Vilaniu* (1885) residentes en una antigua mansión con ventanas góticas y esgrafiados del Setecientos—¹⁵ o, en otro extremo del ascenso social, como pilar fundamental para coronar el éxito de quienes —como los Rodón o los Foix protagonistas de *La febre d'or* (1890-92)— controlan enfebrecidos capitales especulativos con sede en la gran urbe. La modernización del mundo rural se plantea como posible desde el momento en que una pequeña ciudad pueda vincularse al ambiente imperante de progreso cuando se encuentran vías para relacionarla con la principal metrópoli, a través del gran proyecto, del gran sueño inversor: el prodigioso ferrocarril.¹⁶

14 El reconocido crítico literario y amigo íntimo de Oller, Josep Yxart (1852-1895), define bellamente este cuento como «[...] un petit poema en prosa de l'enyorament [...]» (1980: 185). El relato «El trasplantat», en Oller, 1998: 27-44.

15 Narcís Oller se entretiene con demora en la descripción de la «[...] casa pairal que, antiga com era, respirava gran benestar i tenia aspecte senyorial [...]», en Oller, 1948: 121-275, la cita en la parte I, cap. II: 134 y 131-132, más detalles del interior de la gran casa en el capítulo X. Para *La febre d'or* (Oller, 1999).

16 No obstante, en *L'escanyapobres*, el ferrocarril destroza el próspero comercio de cereales, que se había desplegado por arrieros y tratantes gracias a la carretera de «[...] Madrid a la Granada que travessa Pratbell [...]», eje de comunicación que había permitido

No obstante, si nos alejamos definitivamente de la gran ciudad, la escritura se centra en numerosos escenarios inscritos en paisajes del Principado más allá de Barcelona. Con un intervalo muy breve de tiempo se redactan numerosas obras, inscritas en el elenco de los narradores realistas, de suficiente significación para valorar tanto trastorno (Tayadella, 1986: 505-542). La familia, la casa y la tierra constituyen ya los ejes centrales de las acciones y de los dramas personales y colectivos. Josep Pin i Soler inicia la saga de *La família dels Garrigas* (1887), donde nos cuenta la lenta y trágica descomposición de una casa *pairal* arquetípica,¹⁷ a través, primero, del despotismo paterno de Ramón, *l'hereu*, amparado por las instituciones ancestrales reguladas en el Derecho Civil catalán; segundo, de la desgraciada vida de Ramonet, *l'hereuet* quien, cargado con un pesado legado del que asume los peores modos, acaba socavando los pilares de la tradición familiar; y, tercero, de la huida a la ciudad —proceso crucial— del resto de hermanos: Mercè, representante de la serenidad antigua, pero marcada por un destino amoroso trágico al más típico estilo del folletín y Jaume, el artista despreciado, que renuncia a sus raíces, se libera plenamente del yugo de la autoridad y refleja la libertad del individuo romántico.¹⁸ Lo que destruye las relaciones en *La família dels Garrigas* es el carácter autoritario del patriarcalismo inherente a la figura del *hereu*. Cuando Ramonet, *l'hereuet*, malcriado como el privilegiado de la casa, recibe la herencia familiar comprueba que no obtiene las riquezas por las que ha comprometido

que «[...] els blats de l'Urgell i de l'Aragó hi abocaven a torrentades els carros, i era negoci gras no deixar-los passar endavant, proveït com estava el país de salts d'aigua i bons molins [...]». Esta prosperidad concluye con el paso sin detenerse del tren: «[...] el carril, aquell carril tan desitjat [...] acabà arreu amb els antics mercats [...]». No deja de ser una prueba más de las diferentes vías por las que se remató el hundimiento de la sociedad rural (Oller, 1987: las citas de pp. 29 y 36 y el capítulo II contienen una crítica visión del crecimiento de la gran ciudad a expensas de la ruina de las pequeñas). Para una más amplia revisión, véase A. Yates (1998: 157-178).

17 Destrucción trágica que permite introducir nuevas valoraciones sobre el pánico a lo urbano-obrero frente a la placidez de lo rural-campesino: «[...] la reducció de riquesa, minvant lo prestigi del nom, acabava per veure sos hereders confosos entre gent obrera d'una ciutat, esclaus d'una indústria o tràfec, quan podien ser amos en lo bell i noble ofici de pagès [...]» (Pin i Soler, 1985: 170).

18 Sugereentes valoraciones sobre el significado de la obra, de los paisajes que retrata y de los personajes escogidos para transmitir una singular visión, por parte del autor, de un mundo en crisis en Domingo, 1996: 144-178.

su voluntad y su vida a través de la obediencia y el servilismo. Por el contrario, debe asumir un fajo de deudas y, además, la obligación inexcusable tanto de conservar la casa y las tierras,¹⁹ como de mantener o pagar pensiones o estudios al resto de familiares: esto es, a la tía soltera, la señora Pona; a los hermanos, Mercè y Jaume, y al huérfano acogido, Narcís Figuerola, con toda probabilidad fruto de un desliz paterno. El legado testamentario resulta ser para el último descendiente de una saga campesina una burla desde ultratumba sobre los vivos.²⁰ El caso es que tales disposiciones, en tiempos de bonanza agraria como fue el Setecientos, resultan ser casi una anécdota; pero, cuando la crisis de finales del XIX se enseñorea de los campos, cuando el mundo rural está fragmentado y desvalorizado, una última voluntad en semejantes términos supone una condena de por vida. Así, los parientes huyen a la más próxima urbe, Tarragona, y la masía denominada *lo Molí Vell* se hunde irremediabilmente.

Las singladuras sin retorno, en una u otra dirección, tienen su más conspicuo exponente en *L'hereu Noradell* (1889) de Carles Bosch de la Trinxeria, titulada con plena intencionalidad como *Estudi de família catalana*. Cuando don Jaume Noradell muere, deja a su hijo un detallado encargo:

Tè deixo lo patrimoni que m'han trasmès mos passats, sense un deute, sense cap obligació. Tè deixo l'honoradés que sempre ha guiat nostra família... sies bon pagès; viu en ta casa pairal, al centre del teu patrimoni. Hi trobaràs pau i benestar. Encara que ta posició te permeti viure a ciutat, no segueixis l'exemple de tantes famílies de l'Empordà, que s'han arruïnats per volguer imitar la gent d'alt to, confiant a procuradors llurs hisendes... Recordat de l'hombria de bé dels Noradells. Segueix llur exemple.²¹

19 «[...] Vendre! Paraula terrible per qui tan arrelada tenia en l'esperit la voluptuositat de posseir terres [...]», pero, a su vez, «[...] devia vendre per a quedar en pau i treure's de sobre la terrible obligació dels interesos hipotecaris, corcs que es mengen les més grans fortunes [...]», en el capítulo —de título bien significativo— «Vendre, jo?» (Pin i Soler, 1985: 167-170, las citas en 169).

20 Desesperado grita: «[...] A fe de Déu, que el pare, fins enterrat, s'ha volgut mofar de mi [...]» (Pin i Soler, 1985: 184).

21 Si en el capítulo primero de la novela se presenta el emplazamiento territorial de los dominios de los Noradell, en el segundo y tercero, se detalla la gestión y organización de una explotación agraria tradicional. En muy pocas páginas, se destaca la importancia de la continuidad patrimonial y familiar, base de la añorada y, también, idealizada estabilidad del mundo rural (Bosch de la Trinxeria, 1979: I-III, 27-38).

Pero el peso de la tradición resulta ser un lastre que Marçal Noradell pretende cambiar. El primer paso le encamina hacia la introducción de mejoras en los cultivos, tomadas de las más rutilantes novedades de las zonas punteras en la revolución agrícola, como Inglaterra y los Países Bajos, y, así, «[...] per sos coneixements culturals, teòrics i pràctics, augmentà de molt lo rèdit del patrimoni». El éxito económico de esta innovadora empresa le lleva directo a la vida política, primero local, para lanzarle, luego, amparado por un triunfo electoral aplastante obtenido gracias a la honorabilidad antigua de la familia, al escenario madrileño con la meta de defender «[...] ses idees catalanistes per la reivindicació de nostra llengua, de nostre Dret civil i demés llibertats perdudes, condemnant la política absorbent i centralitzadora dels governs castellans». Ocupado en esta nueva actividad, Marçal Noradell se enfrenta a las miserias políticas de la España de la Restauración y Bosch de la Trinxeria se permite una burla ácida y corrosiva del caciquismo. A la postre, la construcción de sus sueños de futuro —que le obliga a abandonar la casa *pairal*, símbolo del pasado idílico—, le encamina, como una fatalidad, hacia el desastre y la ruina, azuzados, a manera de plaga bíblica, por el gran azote que conmocionó las plantaciones de vid a finales de siglo XIX: la filoxera.²² Es decir, las antiguas formas de vida campesina ya han periclitado; desde sus mismas filas, surgen, emprendedores, nuevos ímpetus para la reforma y transformación de la sociedad agraria; pero, la realidad demuestra que no hay caminos para la modernización en el seno de una sociedad estática y corrupta. Por todo ello, el mundo rural se hunde y, con él, la incierta posibilidad de una imprescindible burguesía agraria.

Esta escapada, que retrata un mundo acabado, tiene contrapuntos como *Sang nova* (1900) de Marià Vayreda donde se plantea un abierto rechazo a la sociedad industrial y se defiende el retorno militante hacia el mundo rural, proceso que protagoniza *l'hereu* Ramon Montbrió. Su trayectoria a través de las más prestigiosas universidades europeas para formarse como un ingeniero moderno, comporta que, al regresar a sus lares cargado de ideas de renovación y cambio,²³ se enfrente, en primer lugar,

22 Las citas textuales en Bosch de la Trinxeria, 1979: 39, 53; el conflicto electoral, en el capítulo IV y, sobre la filoxera, capítulo XI.

23 Un completo catálogo de innovación en agricultura en Vayreda, 2007: 52-54. Según el criterio de *l'hereu* Ramon Montbrió, las tareas agrícolas deberían planificarse

al inmovilismo, la corrupción caciquil y la ancestral opresión sobre las clases populares por parte de los próceres de la sociedad campesina de corte feudal;²⁴ en segundo lugar, al analfabetismo y gregarismo del campesinado y, finalmente, a la barbarie de los revolucionarios recién llegados desde la ciudad —en pleno escenario de la Gloriosa Revolución de 1868—, predispuestos a imponer las normas de un mundo urbano y proletario, ajeno a otro rural que se desprecia, y ávidos tan solo de instaurar sus nuevas leyes a la fuerza y en beneficio propio. Se trata, así, de una opción que tiene una clara traslación en la defensa de un ideario político muy concreto (Illás, 2004: 87-96): la superación de la violencia carlista y la defensa de un ideal regionalista, fundamento del catalanismo político en ámbito rural, vinculado, en fin, a la recuperación de «[...] la tradició, que és l'artèria que naix del cor de la societat» (Vayreda, 2007: 229).

Para la siguiente generación literaria, los modernistas, el planteamiento del conflicto del individuo en escenario campesino adquiere marcados tintes existencialistas. Tres ejemplos resultan por completo explícitos. El primero es Mossèn Llàtzer (Lázaro, un nombre, de entrada, con significación propia) un religioso, protagonista de *Els sòts fèrèstecs* (1901) —relato considerado como la primera gran novela rural de la generación de los modernistas—, castigado con el destierro de la ciudad por sus pecados de soberbia intelectual (la pretensión de recuperar la obra de un filósofo del pasado) y de desobediencia a la autoridad, que emprende un exilio forzoso al peor y más humillante de los destinos (Casellas, 1998). Admitiendo la culpa dictaminada por las altas jerarquías eclesiásticas, se esfuerza en considerar su destierro como fuente futura de arrepentimiento, perdón y salvación a través del proyecto de devolver el sentido social y los ideales de una vida superior a los rústicos feligreses bajo su cargo: esto es, una multitud amorfa e incivilizada que habita en una aldea perdida entre las

como una actividad industrial, cosa que conlleva que se muestre exasperado ante el concepto rentista de los anquilosados propietarios antiguos: «[...] Lo que hi ha i aquesta és la nostra desgràcia, que nosaltres, propietaris, no volem considerar-nos com a industrials, sinó com a simples rentistes, amb gran depreciació de nostres pròpies rendes [...]» (Vayreda, 2007: 55).

24 «[...] En nostres velles pairals no s'hi ha fet una reforma important, com tampoc se n'ha bastida cap de nova, des de fa més de cent anys. La decadència és completa [...]» (Vayreda, 2007: 39 y 175-176).

lúgubres hondonadas de las ásperas cumbres del Montmany. El lugar de confinación es naturaleza en estado puro, casi salvaje. Se han acabado, pues, para Raimon Casellas, los tópicos románticos de una naturaleza grandiosa, reflejo de lo absoluto y, por ende, de la divinidad y lo rural deviene ya trasunto de lo salvaje y de la brutalidad.

El segundo es el protagonista de *La vida i la mort de Jordi Fragonal* (1912), *fadrístern* de una poderosa y antigua masía destinado al sacerdocio, que emprende una lucha feroz en defensa de la propia libertad de elección a costa del bienestar económico que rechaza de forma claramente idealista. Tan transgresor combate del individuo frente a la despótica y no deseada imposición de una autoridad arbitraria, la paterna, conlleva la catástrofe familiar —un año de luto— porque el hijo rebelde, fugado del seminario, pasa a ser considerado, a todos los efectos, como un difunto para la familia. El sentido profundo de la tragedia se desarrolla cuando Josep Pous i Pagès desde una opción casi nihilista explica los avatares posteriores de la vida de este arquetipo de luchador romántico abocando su futuro inmediato, primero, al descubrimiento del amor verdadero y, luego, a su más cruda destrucción a través de la enfermedad y el suicidio. Por último, es preciso un breve apunte sobre una trayectoria vital hacia la descomposición de un mundo. En la trilogía *Entre la terra i els núvols*, Prudenci Bertrana expone tres etapas del periplo personal de Innocenci Aspriu (Bertrana, 1965: 237-648), personaje con vocación de artista que inicia su vida adulta, primero como un clásico y tradicional *L'hereu* (1931); para, después de enfrentarse al orden que estaba llamado y obligado a perpetuar, pasar a ser *El vagabund* (1933) y, por fin, en completa ruptura, *L'impenitent* (1939).

4. Dramas rurales y familias rotas

En este escenario de hondo debate desde las páginas de la narrativa de ficción, quien asestó la estocada mortal a cualquier mirada arcádica sobre el paisaje rural y sus gentes fue Caterina Albert i Paradís —una joven catalana de familia terrateniente camuflada bajo un *alter ego* masculino a quien denominó *Víctor Català*—²⁵ para estupor, sor-

²⁵ Caterina Albert i Paradís, conocida en la historia de la literatura como *Víctor Català*, nació en 1869 y murió en 1966 en l'Escala (Alt Empordà-Girona). Sus padres

presa y disgusto de sus coetáneos. Y lo hizo ya desde su primera y muy singular obra: los doce *Drames rurals* (1902).

Una riquísima generación de intelectuales anterior a Caterina había forjado con gran rigor una visión de la sociedad y las instituciones catalanas preocupada por recuperar aquello que los avatares políticos derivados de la implantación del despotismo borbónico habían dejado maltrecho o prohibido y cargada, a su vez, de un romanticismo historicista tendente a la mitificación. Fueron los años en que se forjó, desde una muy apasionada dedicación a diferentes tareas relacionadas con el pensamiento y la creación literaria, una crucial y perdurable interpretación de la sociedad y la cultura catalanas. Tal empeño generacional chocó de una manera tan evidente con la que algunos autores consideran como la última heredera del mundo de la *Renaixença* (Castellanos, 1986: 579), que el impacto repercutió de una forma significativa en su obra y concepción literaria posterior (Albert i Rivas, 2012: 183-187). Sin excepción, los estudiosos de la literatura de la época recalcan el éxito popular obtenido de forma inmediata a la publicación de los *Drames rurals* (Català, 1998: 15-174) puesto que su aparición removi6 uno de los cimientos más preciados en el universo de los valores de la sociedad catalana y puso en el ojo del huracán problemas nodales en el pensamiento de la época y, por extensión, de la sociedad europea del momento que asistía convulsionada a la lenta desaparición de un mundo y al asentamiento de nuevas formas de vida.

El éxito popular pudiera fácilmente explicarse por el carácter de punzante revulsivo del enfoque desde el que se cuentan las historias. Pero resultó evidente que la obra, con la extrema dureza que contenía, no era simplemente una copia, siguiendo una moda extranjerizante al estilo del

eran unos importantes propietarios rurales y residió, ocasionalmente, en Barcelona. Esos dos elementos conforman la temática de su obra: paisajes y gentes campesinas y mundo urbano. Inició su labor con obras poéticas y teatrales, pero alcanzó el éxito con la narrativa, especialmente relatos breves compilados como *Drames rurals* (1902), *Ombriúols* (1904), *Caires vius* (1907), y una de las novelas clave en la literatura catalana moderna *Solitud* (1905). Siguió su producción literaria años más tarde con otra novela, esta vez de ambiente ciudadano, *Un film (3000 metres)* (1918) y otros libros de narraciones: *La mare balena* (1920), *Marines* (1928), *Contrallums* (1930), *Vida m6lta* (1950) y *Jubileu* (1951). Para más detalladas referencias sobre su vida y personalidad literaria, véase, entre otros, Arnau (1998: 5-11); Castellanos (1986: 579-623) y DD. AA., 1993.

Naturalismo de Zola —cosa que ya habían ensayado algunos otros de sus coetáneos—, sino que contenía elementos que iban mucho más allá de lo estrictamente literario y que asaeteaban dardos contundentes contra un edificio intelectual de muy lenta y trabajosa edificación. Por eso, de inmediato, Joan Maragall (1860-1911), un consolidado poeta de la primera generación modernista catalana, que había dedicado lo mejor de su obra a sublimar lo espiritual, el amor, la naturaleza y el paisaje local, emprendió la tarea de polemizar, desde su madurez, casi como un maestro, luego como amigo, con la novel escritora. El disgusto de Maragall era tan evidente, como su encubierta fascinación por la belleza literaria de los textos. Fue él quien no pudo evitar calificar la obra como impregnada de «crudeza grandiosa e inclinación trágica» (Castellanos, 1986a: 516), toda vez que remarcó los límites de un libro «fuerte e incompleto» que ofrecía una visión fatalista, sin escapes y destructiva de unos seres humanos retratados de forma «parcial y sesgada» (Castellanos, 1986b: 597), seres que —no debe olvidarse— eran los campesinos y sus familias, residentes en el más tradicional y poéticamente loado de los paisajes catalanes.²⁶ La escritura que plasmó tales acometidas se materializó en una prosa llena de colorido, alejada de la posterior reforma lingüística de Pompeu Fabra (1868-1948),²⁷

26 «[...] bien descubro yo la potente armonía del alma universal en alguna de estas narraciones de Víctor Català..., pero la descubro con gran trabajo al través de un velo de fatalidad que la ensombrece, la entristece como en una impotencia de redención [...]». Palabras de Joan Maragall citadas por Comas, 1988: 329.

27 Debe hacerse aquí una puntualización importante por lo que respecta a los complejos vaivenes en el uso de la lengua catalana. Como apunta J. Fontana, la generación de la *Renaixença* procuró recuperar el registro culto en el uso del catalán, perdido a lo largo del siglo XVIII bajo la dominación borbónica, superando así el hábito que la gran mayoría de autores catalanes habían adquirido en su formación académica de escribir historia, ensayo, poesía, teatro, narrativa, reflexión política e, incluso, correspondencia personal, en lengua castellana. Conseguida esta meta, en los años posteriores, se desarrolló un renovado esfuerzo por usar un lenguaje de raíz tradicional cercano a los usos de las clases populares rurales y urbanas. Este paso significó un relevante avance en el camino de la normalización, ya que la continuidad exclusiva de lo culto hubiera dificultado el acceso de la gran mayoría al consumo de literatura (Fontana, 1988: 429-447). En esta línea, entre muchos otros, los autores y autoras de novela modernista de tema rural, como Víctor Català, Raimon Casellas, Pous i Pagès o Prudenci Bertrana, usan el catalán popular de zonas agrarias. Son, así, de uso frecuente, exclamaciones, aumentativos, diminutivos, dialectalismos y vulgarismos, tanto en morfología como en sintaxis. Pocos años más tarde, dentro del amplio y complejo ideario estético del *Noucentisme*, se impulsó una normalización y normativización de la lengua catalana preparada para los usos de una ciudadanía

rica y precisa en adjetivación, capaz de dar la imagen exacta y necesaria para la correcta conducción de la narración y, a su vez, hábil para describir con rapidez y sin estorbos, tanto un paisaje, como un sentimiento, un momento pasional o una situación (Vidal Alcover, 1980: 66). Así pues, esa joven de poco más de treinta años inició un recorrido demoledor que destrozaba el carácter emblemático que el catalanismo conservador daba a la ruralidad como uno de los fundamentos de la nacionalidad (Castellanos, 1986a: 515)²⁸ y, para recorrer ese trayecto, desplegó sin atenuantes su visión «negra, fatalista y antiarcádica» (Marfany, 1990: 195) de la naturaleza, de la *payesía* y de algunos de los entresijos más privados de su vida familiar. Veamos algunos de sus principales centros de atención.

4.1. Cónyuges

Encara tenia present una altra escena, aquesta a ple sol, en un camp erm. Hi havia un home, una dona i un cavall; el cavall anava al davant d'una arada; l'home, al darrera; la dona en peu i doblada pel mig, se cordava les espatlles. L'home renegava i burxava amb l'agullada el cavall; aquest enrampava les cames endarrera i estirava el coll endavant, amb totes ses forces, però no podia desen-callar l'arada. El sol, batent-lo de ple, li marcava amb ratlles negres totes les costelles, com si no tingués pell, i el camp era envinagrat i dur com una era. De sobte, l'home digué quelcom a la dona, la dona se li girà d'esquena... Ell deixà l'arada, se li acostà amb el pal de l'agullada enlaire i començà a pegar-li

urbana y definitivamente alejada de lo rural. El *Institut d'Estudis Catalans*, fundado en 1907, encargó la tarea a Pompeu Fabra quien elaboró las *Normes ortogràfiques* (aceptadas por IEC, en 1913), la *Gramàtica Catalana* (1918) y el *Diccionari General de la Llengua Catalana* (1932). El afán codificador y la difusión de las nuevas normas comportó que los escritores *noucentistas* trataran con un cierto desprecio los usos lingüísticos arcaizantes de sus colegas de la generación modernista.

28 En algunos autores, especialmente de la *Renaixença*, esta perspectiva se convirtió en fundamento del discurso narrativo, como en el caso de Carles Bosch de la Trinxeria que ejemplificaría el hecho de identificar «[...] Catalunya amb la vida rural i, aquesta, amb l'estructura feudal-patriarcal que té el seu centre en la casa pairal i els seus pilars en les institucions tradicionals que van des del capellà al notari. En exposar-nos aquesta 'realitat', Bosch realitza un dels punts fonamentals del programa del moviment de la *Renaixença*: descobrir i fixar la identitat catalana [...]» (Castellanos, 1979: 12). Años más tarde, el *noucentista* Eugeni d'Ors, defensor exaltado de las ventajas de lo urbano, usó este argumento para arremeter contra la consolidada tradición de la temática rural, afirmando que su exagerada proliferación se debió a su valor «moral» y «patriótico» ya que la «verdadera Catalunya» tenía que ser algo «bien natural». Son referencias textuales del autor citadas por A. Yates (1984: 82-83 y ss.).

rabiosament; la dona tractava de fugir, cridant malediccions, però ell la perseguia, atrapant-la sempre sota el pal. A la fi, la dona estengué els braços, com demanant clemència, i l'home abaixà el pal. Tragueren del feto una corda llarga, i, al cap de res, la dona, lligada al davant del cavall, estrebava també fortament per arrabassar l'arada del glever. L'home agullonava al cavall i a ella.²⁹

Una larga e impactante imagen nos permite adentrarnos en el mundo de las relaciones conyugales. Nada deja el más mínimo resquicio para presuponer que el matrimonio fuera un acto libre de amor. Nada. Frente a los miles de héroes y heroínas románticos, arrebatados por una pasión poderosa que dominaba sus vidas y podía llevarles a exhibir las más duras y extremas pruebas personales de su inquebrantable enamoramiento, los campesinos de Caterina/Víctor se casaban porque así debía ser. El matrimonio se convertía en una parte inevitable e inexorable del destino personal, cuyos resultados inciertos dependían únicamente de los individuos implicados. Los doce *Drames* giran, directa o indirectamente y sin excepción, alrededor de la historia de una pareja, cosa que ratifica su importancia crucial como institución de reproducción social. La visión de la autora al respecto es permanentemente cáustica.

La celebración de los esponsales conllevaba un ritual perfectamente establecido, que bien puede considerarse un documento explicativo de la ritualidad habitual. Primero, la familia del *hereu* (nada hace suponer que el segundón mereciera esposa) iba en grupo a buscar una novia (su familia parece no importar), a un lugar indeterminado diferente del de origen, y, después, en día festivo inmediato, se festejaba un enlace que implicaba ataviarse para la ocasión, oficiarlo en privado y ofrecer, luego, un ínfimo convite público para hacer partícipes y, sobre todo, conocedores del evento a los vecinos.³⁰ Ese era el único día para la algarabía. A partir de ahí, rutina, desolación y dolor. En los largos días por venir, la función que se exigía a la nuera era atender, cual burra de carga, al entorno familiar del marido como criada que no ocasionaba gastos. Se cumplía así una inveterada tradición de dominación donde, sin mayores complicaciones sentimentales,

29 «En Met de les Conques» de Català, 1998: 39-40.

30 Enlace matrimonial del *hereu* de los Palau (llamado por su chaladura *el Vert* —el Veneno—) y «la pobra Dularettes» narrado en «Daltabaix» de Català, 1998: 75-77. Destaca la hermosa y sucinta descripción de la vestimenta de los novios. Otra descripción del atavío tradicional campesino en «El pastor» de Català, 1998: 88.

desaparecida la madre, una recién llegada reemplazaba sus servicios.³¹ La vida conyugal era trabajo de sol a sol³² y sumisión incondicional e ilimitada al marido.³³ En las relaciones desaparecía, de inmediato, lo tierno y, en el mejor de los casos, se instauraba la dura y secularmente imperturbable cotidianeidad campesina,³⁴ en los trabajos y en las formas de vida.³⁵

Cuando no era así, los presagios podían ser temibles. La mujer que aceptaba de buen grado, sumisa en apariencia, a su esposo escondía un secreto. Dos posibilidades quedan escritas: o bien, esposada a un consorte

31 «[...] Pobreta! ha de fer la mateixa fi que l'altra màrtira (volia dir la dona del vell) que ella mateixa se va escopir les sangs per anar-se'n més aviat del món [...], en «Daltabaix» de Català, 1998: 78.

32 Descripción de los trabajos generacionalmente establecidos de la nuera, en «La vella» de Català, 1998: 107.

33 Dos ejemplos. Uno, la visión infantil de *Met de les Conques* (de las solteronas) de un campesino azotando a su mujer como a un jumento, citada con anterioridad al inicio de este epígrafe. Segundo, la historia de «la Maleneta» («Ombres» de Català, 1998: 134-146), una mujer cuya locura es la única evidencia narrativa de las torturas que padece en su convivencia marital y a quien los amigos más íntimos, casi hermanos, solo son capaces de decirle: «[...] si ara te diem que tornis amb l'home, és perquè una dona s'hi ha d'estar sempre amb el seu home [...] per poc que puga [...]» (Català, 1998: 140) o «[...] ja saps que una dona fora de l'home és malmirada per tothom, i jo, de tu, hi tornaria [...] anc que no fos més que pel nen [...]» (Català, 1998: 141). A todo ello, la infeliz únicamente puede responder: «[...] és un bandoler!, me locaré! [...]» (Català, 1998: 142).

34 El trabajo agrícola siempre es un escenario imperturbable en todas las narraciones e, incluso en una de ellas, el conflicto va más allá de lo personal y estalla por amor a la tierra propia cuando es ultrajada. Parecería que alguien daña a un humano, pero, en realidad, se trata de un saltador que roba en un campo cercado por «en Ton» quien «[...] tenia a la ratlla de quinze vessanes de terra seva, ben seva —que deia ell— guanyada amb la suor del seu front i que no feia censos ni cap llei de mal. Aqueixes quinze vessanes de terra eren la seva ànima i són únic pensament; se les estimava incomparablement més que a la dona, a la neboda (Déu no li havia donat fills) i a la part de cel que podia tocar-li el dia que es morís [...]», en «El pastor» de Català, 1998: 88-89. La referencia a 15 *vessanes* (aproximadamente algo más de tres hectáreas —32 811 m²—) resulta interesante porque sitúa, según la mirada de la autora, lo que puede considerarse, en Cataluña, como una propiedad de gran extensión, doblemente valiosa por estar libre de cargas y deudas fijadas en censos.

35 Todos los historiadores que han analizado las economías campesinas precapitalistas coinciden en destacar cómo la profunda inmutabilidad de las formas productivas era fundamento de estabilidad económica y garantía de subsistencia segura (véase una sucinta, pero clarísima explicación de esta base, en la introducción de Slicher van Bath, 1978: 9-10). El acompañamiento indisoluble a este régimen de trabajo era la permanencia de unas relaciones familiares estrechamente vinculadas a cada diferente realidad económica y convertidas en comportamientos aceptados como tradicionales, es decir, normales, asumidos, incuestionables.

simple, mediocre y borracho, tenía un amante impetuoso y violento que acababa matándola encarnizadamente, delante de su hijo de corta edad, por un incomprensible ataque de cólera y celos; o bien aceptaba, para cubrir un embarazo no deseado de los tiempos de criada del «respetable» médico del pueblo, un cónyuge de conveniencia que era engañado hasta el último suspiro de la esposa quien, con un egoísmo fuera de medida, pedía perdón porque así lo había establecido el cura.³⁶ Sutilmente, además, con pocas palabras, dos símbolos clásicos de la autoridad moral en los pueblos y poderes incuestionables en la España caciquil, el sanador y el clérigo, quedaban descuartizados como representantes y ejecutores del engaño y la hipocresía.

¿Quedaba alguna posibilidad para un matrimonio feliz? Alguna, pero resulta bien singular. Los dos *Drames* finales narran cada uno la historia de una pareja sin hijos y permiten intuir la evidencia de los profundos cambios sociales por venir. La primera de ellas es urbana: una gran novedad y una singular ruptura en el hilo conductor común. Su irrupción en la recopilación se produjo por el impacto que un hecho político real causó en la autora, impulsándola a romper la escenografía habitual en el conjunto de los relatos y a dejar que un signo de los nuevos tiempos, el naciente proletariado industrial surgido de la menestralía, se inmiscuyera entre los seres del mundo rural, quizás, para evidenciar que sus diferencias sociales no eran tantas como pudiera parecer. Los esposos del relato vivían solos en un piso pequeño y humilde, la mujer acataba la voluntad arbitraria del marido, respetando las pautas de comportamiento propias de todos los agrupamientos familiares rurales o urbanos, se amaban y se deseaban en silencio, sin expresarlo con mimos superfluos, y su convivencia quedó trágicamente truncada por el conflicto social (la opresión del patrón y la opción contestataria del marido) que marcó su destino.³⁷ La segunda es la única de entre las diversas parejas rurales verdaderamente bella, feliz

36 Ellas son «la Lena» de «Parricidi» de Català, 1998: 62-72 y «la Bel» («[...] la millor alhaja de la casa, com deia ell [...]») de «Agonia», de Català, 1998: 122-133.

37 A raíz de la primera bomba que estalló en una casa particular, inicio de los primeros disturbios obreros en la Barcelona de principios de siglo, Caterina Albert escribió «L'explosió», de Català, 1998: 147-157, donde se narra la historia del ofuscado e influenciable Peret, convertido en *el dinamiter*, quien intentando causar daños en casa del patrón que le había despedido, don Eladi, provocó la muerte de Quimeta, su amada esposa, mientras esta intentaba negociar su perdón y readmisión en el trabajo.

y enamorada. Su amoroso esplendor tenía en contraposición un lado oscuro: la esterilidad. La soterrada envidia (título del relato) que generaban como pareja se cebó en su inutilidad para cumplir con la más valorada finalidad que la sociedad otorgaba al matrimonio: la procreación. Las exigencias marcadas por la tradición y asumidas por sus convecinos, corroían la relación y hacían peligrar su bienestar. La sentencia de la autora es clara: lo que se va en belleza se pierde en fruta, y los amores más ardientes son los más estériles.³⁸ Al final, la intuición de un atisbo de esperanza ante una paternidad deseada solo por amor (concepto extremadamente moderno), sin ansias de perpetuación familiar o patrimonial, permite entrever hasta qué punto, muy a finales del siglo XIX, los asuntos relacionados con la intimidad familiar estaban empezando a cambiar.

4.2. La senectud

[...] eren vells, éssers fora de sexe, pellofes humanes espremudes, fulles esgroguïdes i despreses, que el sol i la pols ressecaven, que les gebrades i la gana consumien, i que rodant sempre a la intempèrie, el temps les empenyia mandrosament cap a la mort sense que se'n donessin ben bé compte, inconscients de les injustícies del destí, malmirades pels fills gasius, escarnides pel proïsme indiferent, arrambades per tothom fora de dret, com brossa inútil de la vida.³⁹
[...] a pagès un vell xacrós que consum i no produeix és un censal.⁴⁰

Una idílica familia troncal centrada en la autoridad patriarcal del padre debería derivar en un respeto acendrado hacia los mayores, aquellos que habían construido y mantenido la casa y la tierra con su esfuerzo, aquellos que habían criado y protegido la progenie para que la cotidianidad ancestral siguiera su curso inmutable en beneficio del bienestar familiar. Nada de esto se vislumbra en los *Drames rurals*.

La senectud es vista como un período de la vida en donde un ser se convierte en un inútil engorro. En un tono general de descripciones físicas

38 «[...] Lo que se'n va en ufanía es perd en fruita, i els amors més roents los més estèrils [...]», en «L'enveja», de Català, 1998: 171.

39 «Idil·li xorc», de Català, 1998: 44. Resulta interesante destacar cómo el concepto de marginar coincide con el de dejar a la gente desasistida de la protección del marco jurídico vigente.

40 «La vella», de Català, 1998: 106.

agrias, humillantes, durísimas y despectivas, la imagen de los ancianos es la de seres excedentarios, molestos y fastidiosos para los allegados. Esto se hace desde diversos ángulos, diferentes, a su vez, en el trato de hombres y mujeres. Los hombres, como dueños absolutos del patrimonio familiar, podían afrontar dos situaciones. Primera, si conservaban la plenitud de sus facultades y su dominio como cabeza de la casa, eran individuos despóticos, autoritarios, sometiendo a los hijos a su exclusiva voluntad, a merced que, en algún momento, se dignaran a soltar las riendas, cosa que iba a permitir al heredero adueñarse de los bienes y, asqueado de su prolongada opresión, reproducir, casi como un desquite o una venganza, el modelo de tiranía paterna.⁴¹ Así, no es de extrañar que la posibilidad de redactar, por fin, un testamento sea definida como «ahorcar al viejo»: ¿se puede ser más explícita?⁴²

Y, segunda, si los hijos ya estaban al cuidado de casa y tierra y el padre todavía vivía, se establecía entre ellos una dura y crispada relación. Por una parte, los potenciales herederos intentarían evitar, a toda costa, cualquier posible cambio en el estado civil del anciano que pudiera lesionar sus derechos y solo esperaban su muerte para ejercer un control efectivo sobre la frecuentemente parca riqueza y, por otra parte, quien seguía siendo el dueño y señor del patrimonio aprovechaba, con cierta malignidad, su situación para seguir imponiendo su yugo incuestionado sobre hijo y nuera o hija y yerno.⁴³

Las mujeres, siempre tratadas con mayor ternura, tienen también dos enfoques. El primero se centra en el mundo de las viejecitas solitarias, por mor de viudedad, que vivían pulcramente, inmersas en sus antiguas rivalidades femeninas con las amigas de su generación, independientes, alejadas de familiares y vecinos, conformes y tranquilas con su forma de vivir, cargadas de una meticulosidad pacífica y austera. No conservaban gran

41 El ejemplo de este caso lo dan «l'avi Palau» y su hijo heredero «el Verí» de «Daltabaix», de Català, 1998: 73-85. La situación es idéntica a la ya expuesta en *La familia dels Garigas*.

42 «[...] es decretà a chor que els Palaus no podien haver anat més que a fer testament [...] Mira, els del Torrent: ja vénen de penjar el vell [...]», en «Daltabaix», de Català, 1998: 76.

43 Un magnífico retrato de la perversidad de este tipo de relaciones en que los parientes se soportan solo por los bienes a recibir lo ofrece «Josep, el Tit» de «Idil·li xorç», de Català, 1998: 44-61.

poder sobre los bienes una vez que quedaban viudas —desmintiendo así tópicos sobre la independencia femenina gracias a la dote— y, por tanto, a nadie causaban enojo y, si acaso, preservaban su ancestral utilidad doméstica o su sabiduría popular siempre respetada.⁴⁴ El segundo —y este es además el más dramático de los enfoques de la vejez— retrata a la abuela enferma e inútil, aquella que se había convertido, casi de repente al fallarle la salud, en un estorbo en la casa, una molestia para las tareas del grupo doméstico, una boca improductiva que mantener, un antiestético foco de suciedad y miseria humana. Y ello no sería todavía suficientemente elocuente si no fuera porque la enferma asumía este trato inclemente como algo natural, consuetudinario, algo visto como normal, desde su infancia, en las familias, acatándolo sin queja y con indiferencia silenciosa.⁴⁵ De nuevo, una tradición, unos inveterados hábitos de comportamiento nada idílicos, nunca discutidos por los protagonistas de la acción, pendían sobre sus vidas como destructivos e incontrolables nubarrones de devastadora tormenta.

4.3. Los descendientes

Si la sociedad parecía encontrar su sentido en el matrimonio, la procreación debiera ser su meta más preciada. Los hijos, en cualquier sociedad campesina, eran esencia de continuidad tanto de la casa y su buen nombre, como, y más importante, del trabajo de las tierras. De ahí, que garantizar la sucesión, proteger los derechos de los portadores del nombre paterno, cuidar de su subsistencia y formación era garantía de estabilidad familiar y patrimonial, es decir, la base de un buen orden social. Pero, de nuevo, la mirada de Caterina/Víctor no coincidió con el estereotipo.

44 Son buenos ejemplos las tres amigas viejecitas, Máxima, Mariagneta y Marcona de «Nochebuena», de Català, 1998: 158-168; las dos consuegras, «la Llúcia» y «la Conilla», quienes, como explica la autora, se querían tanto que parecían hermanas, de «Idil·li xorç», de Català, 1998: 46-47 y la sabiduría y la capacidad de observación de «l'avia Pastora» de «Daltabaix», de Català, 1998: 73-85. La única abuela cruel y perversa es la del bastardo «En Met de les Conques» que se desentiende del nieto y mantiene una constante relación beligerante y llena de ruda agresividad con la hija («En Met de les Conques», de Català, 1998: 17-43, especialmente, 39).

45 Es la más escabrosa narración, desde una inexpresiva y sumisa lucidez, de la visión del mundo de una enferma enmudecida por una apoplejía en «La vella», de Català, 1998: 105-113.

Tres situaciones merecen comentario: los hijos adultos, los menores y los ilegítimos. La primera es una etapa ya descrita con anterioridad que se refería a los hijos en la mayoría de edad, cuando su propia organización conyugal les hacía entrar en conflicto con la autoridad de un padre, ya casi en los linderos de la senectud. La segunda se acerca al mundo de los menores. Las descripciones de los hijos legítimos suelen retratar a unos seres semejantes a animalillos que crecían en medio de los vaivenes de las trifulcas domésticas⁴⁶ y que se convertían, o bien en unos esclavos más de las infinitas tareas comunes,⁴⁷ o bien en seres gandules y despreocupados, conscientemente ajenos a la rudeza de sus mayores,⁴⁸ o bien en pequeñuelos que alegraban la desventurada vida de las madres, llegándose a involucrar de formas diversas en el drama que iba a destrozar sus vidas.⁴⁹

Y, por fin, merece referencia individualizada el trato concedido a los ilegítimos. Queda claro que la ruptura del buen orden matrimonial engendraba seres con historias singulares, aunque los tres arquetipos usados por Caterina/Víctor resultan ser bien tradicionales. El primero, iniciador de los relatos, era un ser enclenque y deforme que nació «con escándalo y sorpresa general» de una mujer marginada a quien no era creíble que pudiera acercarse ningún hombre «que tuviera ojos en la cara». El chiquillo parecía arrastrar la culpa de la maldad y perversidad materna e, inocente y tímido, inició un recorrido, cuasi místico, como de redención, que le llevó a una truculenta muerte, descrita sin el más mínimo atisbo de piedad o conmisericordia.⁵⁰ Frente a esta historia irreal, próxima al simbolismo que sirve para la abrir la puerta al desgarrado mundo de los restantes relatos, las otras dos semblanzas resultan ser mucho más representativas de valores sociales. En una de ellas, la aventura de un viudo honorable con una mujer

46 Los nietos de «La vella», de Català, 1998: 105.

47 Los hermanos Palau de «Daltabaix», de Català, 1998: 75.

48 Los nietos de «Josep, el Tit» de «Idil·li xorc», de Català, 1998: 52-53.

49 El «Llombric» hijo de «la pobra Dularetes» de «Daltabaix», de Català, 1998: 78-85, cuya muerte condena a su madre a la locura; «el Titet», hijo de «la Lena» de «Parricidi», de Català, 1998: 62-72, testigo de la muerte a puñaladas de su madre y causante inocente de la desgracia del padre al ocultar, sin pretenderlo, las pruebas inculpatórias del amante-asesino y, también, el hijo de la Maleneta de «Ombres», de Català, 1998: 134-146, razón principal para soportar, hasta enloquecer, a un marido violento (aunque con *masia* propia y *hereuet* acaudalado).

50 «En Met de les Conques», de Català, 1998: 17-43.

de mal vivir comportaba como castigo el nacimiento de una criatura de filiación incierta que se asumía como el peso de una culpa nefasta, que iba a mezclarse con el noble tronco familiar como un mal injerto (título del relato) y que acabó causando la desazón del padre y la humillación del hermano nacido de esposa legítima.⁵¹ En la segunda narración, un padre bondadoso y enamorado descubría, en plena agonía de la esposa, que el vástago a quien consideraba como el primogénito y, por eso, el más mimado, querido y protegido *hereu*, era hijo del médico del pueblo, mientras que el segundo, su único descendiente verdadero, había vivido como un criado, maltratado y cargando con lo más duro de las tareas de la casa.⁵² Si se mira prescindiendo del peso de los valores y la moralidad, ¿se pueden narrar, desde el seno de la vida familiar, historias individuales más crueles y lacerantes?, ¿acaso el sueño idílico de una familia, centro emblemático del despliegue de los afectos, es el primer foco generador de monstruos? La visión de la autora no admite paliativos.

4.4. Familias

Una última y breve consideración alrededor de los tópicos. Parecía que, en el mundo rural, se asentaban las familias troncales tradicionales y que estas fueron asaeteadas por el triunfo de unas nuevas formas de relación que cedieron el paso al surgimiento de familias nucleares modernas y urbanas. Pues bien, en el mundo campestre de Caterina Albert, no existe ni una sola familia troncal; es decir, no hay ninguna de aquellas residentes en una gran casa *pairal* abarrotada de habitantes estrechamente emparentados.⁵³ En medio de un paisaje nada ubérrimo,

51 «L'empelt», de Català, 1998: 114-121.

52 «Agonia», de Català, 1998: 122-133.

53 Y debe añadirse que Víctor Cálata no fue la única en prescindir de familias troncales ya que tampoco las hallamos en otras obras, absolutamente representativas de un retrato del mundo rural áspero y duro, como *La familia dels Garrigas* de Josep Pin i Soler o *Els sots feréstecs* de Raimon Casellas. Por el contrario, sí estuvo presente cuando se pretendió mitificar la casa y la tierra como símbolos de una tradición y continuidad cuya ruptura solo podía conllevar corrupción y fracaso, como en *L'hereu Noradell. Estudi de família catalana* de Carles Bosch de la Trinxeria. En cualquiera de los casos, el número de miembros de la familia era siempre escaso y el sino de la descendencia llevaba a la grave tragedia de la desmembración y ruina de la casa *pairal*. Así, los Garrigas eran un grupo

frecuentemente áspero y tórrido —que la autora intentó justificar como alejado de cualquier correlato real, pero que sus coetáneos, conocedores de sus raíces situaron inmediatamente en las masías gerundenses—, se desplegaban formas familiares extremadamente variadas, pero nunca troncales o *pairales*. Encontramos seres solitarios, como *hereus* y *pubilles* solteros,⁵⁴ con casa y sin parientes, viudos y viudas, desheredados y marginados, gentes que preferían vagabundear antes que vivir con los allegados; parejas sin hijos; esposos con proles muy escasas, conviviendo, a veces, con un único abuelo o abuela viudos... Todos se insertaban en un paisaje agrario que daba cobijo a una demografía escasa y con disponibilidades económicas precarias, siempre arrancadas a la tierra y a los escasos animales de labor y de granja a base de un trabajo durísimo, de sol a sol, al que se entregaba la familia al completo, fuera cual fuera la edad de sus miembros. Todos retrataban a individuos habitantes de casas humildes, de construcción tosca, con muy pocas estancias donde se mezclaban humanos y bestias, donde la pugna por el reparto de cualquier bien económico podía llegar a desencadenar la tragedia y donde quien no laboraba, sobraba. No hay atisbo de solidaridad, protección, cobijo fraternal o cualesquiera que fueran los valores que pudieran ser considerados propios de una imaginaria arcadia rural.

Revisando, pues, los fragmentos de realidad retratados por un amplio grupo generacional de autores y autoras, puede comprobarse que, ante la mirada asombrada de los coetáneos, quedó culminada una completa demolición de mitos y tópicos efectuada desde lo literario y, para quien se ocupa en la tarea de historiar, subsiste el fascinante legado de un sutil retrato de vida cotidiana y costumbres que difícilmente puede desentrañarse y aquilatarse desde un minucioso trabajo de investigación sobre la documentación histórica.

familiar formado por padre viudo, hermana que «no s'havia casat per a no minvar los béns de la casa», tres hijos legítimos y un singular huérfano acogido y los Noradell eran padre y madre, hijo *hereu* con su esposa e hija y tío soltero (figura habitual) que iba a la *masia* de vez en cuando.

⁵⁴ La protagonista del idilio estéril (título del relato), «la Laia», es la más consistente burla de lo arquetípico en una institución tan relevante como la *pubilla* («Idil·li xorc» de *Drames rurals...*, pp. 44-61).

Referencias de las ediciones literarias citadas

- AMAT I DE CORTADA, R. d', baró de Maldà (1987), *Calaix de sastre*, 11 vols. (selección y ed. de Ramón Boixareu), Barcelona, Curial.
- (1994), *Viles i ciutats de Catalunya* (ed. de Margarida Aritzeta), Barcelona, Barcino.
- BERTRANA, P. (1965), *Entre la terra i els núvols (L'hereu, El vagabund, L'impenitent)*, en *Obres Completes*, Barcelona, Editorial Selecta, pp. 237-648.
- BOSCH DE LA TRINXERIA, C. (1979), *L'hereu Noradell. Estudi de família catalana*, MOLC, Barcelona, Edicions 62 (original de 1889).
- CASANOVAS I CANUT, S. (1986), *El Manuscrit de Palau-Saverdera. Memòries d'un pagès empordanès del segle XVIII* (ed. de J. Geli y M. A. Anglada), Figueras, Carles Vallès editor.
- CASELLAS, R. (1998), *Els sots feréstecs*, en *Narrativa*, MOLC, Barcelona, Edicions 62 (6.ª edición, original de 1901).
- CATALÀ, V. (1998), *Drames rurals. Caires Vius*, MOLC, Barcelona, Edicions 62 (5.ª edición, original de 1902), pp. 15-178.
- OLLER, N. (1948), *Vilaniu*, en *Obres completes*, Barcelona, Editorial Selecta, pp. 121-275.
- (1987), *L'escanyapobres*, Barcelona, Edicions 62 (13.ª edición, original de 1884).
- (1998), «El transplantat», de *Croquis del Natural* en *Contes*, MOLC, Barcelona, Edicions 62 (6.ª edición, original de 1879), pp. 27-44.
- (1999), *La febre d'or. La pujada*, vol. I y *L'estimbada*, vol. II, MOLC, Barcelona, Edicions 62 (8.ª edición, original de 1890-1892).
- PIN I SOLER, J. (1985), *La família dels Garrigas*, MOLC, Barcelona, Edicions 62 (2.ª edición, original de 1887).
- POUS I PAGÈS, J. (1999), *La vida i la mort d'en Jordi Friginals*, MOLC, Barcelona, Edicions 62 (21.ª edición, original de 1912).
- VAYREDA, M. (2007), *Sang nova. Novel·la muntanyenca*, en (1984) *Obra completa*, Barcelona, Editorial Selecta, pp. 245-448 (original de 1900). Consultada en *The Project Gutenberg EBook of Sang Nova, by Marian Vayreda October 13, 2007 [EBook #23021]*, en <<http://www.gutenberg.org/ebooks/23021>> (diciembre, 2013).
- YXART, J. (1980), *Entorn de la literatura catalana de la Restauració*, MOLC, Barcelona, Edicions 62.

Bibliografia citada

- ALBERT I RIVAS, L. (2012), «Víctor Català, persona *non grata* pel noucentisme literari. Poesies, dedicatòries, poesies religioses i traduccions», en *Víctor Català. Una biografia insòlita. Recull de proses i poesies inèdites*, Figueras, Brau edicions, pp. 183-187.
- ARNAU, C. (1998), «Víctor Català», en Català, V., *Drames rurals. Caires vius*, MOLC, Barcelona, Edicions 62, pp. 5-11.
- CASEY, J. (1990), *Historia de la familia*, Madrid, Espasa-Calpe.
- CASTELLANOS, J. (1979), «Pròleg», en C. Bosch de la Trinxeria, *L'hereu Noradell*, MOLC, Barcelona, Edicions 62, pp. 3-9.
- (1986a), «La novel·la modernista», en M. de Riquer, A. Comas y J. Marco (eds.), *Història de la Literatura Catalana. Part Moderna*, vol. VII, Barcelona, Ariel, pp. 481-578.
- (1986b), «Víctor Català», en M. de Riquer, A. Comas y J. Marco (eds.), *Història de la Literatura Catalana. Part Moderna*, vol. VIII, Barcelona, Ariel, pp. 579-623.
- COMAS, A. (1988), «Dramas Rurales», en *Diccionario literario. Diccionario de obras*, tomo 4, Barcelona, Hora, p. 329.
- DD. AA. (1993), *Actes de les primeres jornades d'estudi sobre la vida i l'obra de Caterina Albert i Paradís*, «Víctor Català», Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- DOMINGO, J. M. (1996), «La història i el seu sentit», en *Josep Pin i Soler i la novel·la, 1869-1892. El cicle dels Garriga*, Barcelona, Curial, pp. 144-178.
- (2011), «Barcelona i els Jocs Florals, 1859. Literatura, modernització urbana i representació col·lectiva», en J. M. Domingo (ed.), *Barcelona i els Jocs Florals, 1859. Modernització i Romanticisme*, Barcelona, Museu d'Història de Barcelona, pp. 39-76.
- (2013), «Sobre la Renaixença», *L'Avenç*, n.º 390, Barcelona, pp. 26-35.
- FERRER I ALÒS, L. (2007), *Hereus, pubilles i cabalers: el sistema d'hereu a Catalunya*, Catarroja, Afers.
- FONTANA, J. (1988), *La fi de l'Antic Règim i la industrialització, 1787-1868*, en P. Vilar (dir.), *Història de Catalunya*, vol. v, Barcelona, Edicions 62.
- FRADERA, J. M. (1977), «La cultura de la burgesia emergent», en *La gran transformació, 1790-1860. Vol. 6: Historia, Política, Societat i Cultura dels Països Catalans*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, pp. 320-337.
- GACTO, E. (1987), «El grupo familiar de la Edad Moderna en los territorios del Mediterráneo Hispánico: Una visión jurídica», en VV. AA., *La familia en la España mediterránea (siglos XV-XIX)*, Barcelona, Crítica, pp. 36-64.

- GARCÍA CÁRCCEL, R. (1985), *Historia de Cataluña. Siglos XVI-XVII, vol. I: Los caracteres originales de la historia de Cataluña*, Barcelona, Ariel.
- ILLAS, E. (2004), «Marià Vayreda: el carlismo reciclado y el inconsciente catalán», *Res Publica*, n.º 13-14, pp. 87-96.
- JORBA, M. (1977), «La Renaixença», en *La gran transformació, 1790-1860. Vol. 6: Historia, Política, Societat i Cultura dels Països Catalans*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, pp. 354-355.
- MARFANY, J. L. (1990), *Aspectes del modernisme*, Barcelona, Curial.
- MOLAS, J. (1979), «La cultura durant el segle XIX», en *Història de Catalunya*, vol. v, Barcelona, Salvat, pp. 177-191.
- PASCUAL RODRÍGUEZ, V. (2010), *Guerra i postguerra de Successió: la vida de Sebastià Casanovas, pagès del segle XVIII*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- PUIGVERT, J. M. (1977), «Parròquia, rectors i societat rural» y «La pagesia benestant i les estructures parroquials», en *La gran transformació, 1790-1860. Vol. 6: Historia, Política, Societat i Cultura dels Països Catalans*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, pp. 282-301.
- ROSSICH, A. (1997), «És valid avui el concepte de decadència de la cultura catalana a l'època moderna? Es pot identificar decadència amb castellanització?», *Manuscrs. Revista d'Història Moderna*, n.º 15, Bellaterra, pp. 127-134.
- SÁNCHEZ, A. (dir.) (1992), *Barcelone, 1888-1929. Modernistes, anarquistes, noucentistes ou la création fiévreuse d'une nation catalane*, París, Editions Autrement.
- SLICHER VAN BATH, B. H. (1978), *Historia agraria de la Europa Occidental, 500-1850*, Barcelona, Península.
- TAYADELLA, A. (1986), «La novel·la realista», en M. de Riquer, A. Comas y J. Marco (eds.), *Història de la Literatura Catalana. Part Moderna*, vol. VII, Barcelona, Ariel, pp. 505-542.
- VICENS VIVES, J. (1980), *Noticia de Cataluña*, Barcelona, Destino.
- M. LLORENS (1983) [1958], *Industrials i polítics, segle XIX*, vol. 11 de *Historia de Catalunya. Biografies catalanes*, Barcelona, Vicens Vives.
- VIDAL ALCOVER, J. (1980), *Síntesi d'Història de la Literatura Catalana*, vol. 2, Barcelona, Edicions de la Magrana.
- YATES, A. (1984), *Una generació sense novel·la? La novel·la catalana entre 1900 i 1925*, Barcelona, Edicions 62.
- (1998), «L'escanyapobres, l'avar: una visió literària del canvi econòmic i les actituds econòmiques en el segle XIX català», en *Narcís Oller. Tradició i talent individual*, Barcelona, Curial, pp. 157-178.